

hablé en su idioma, y se irritaron mas: entonces me desnudaron completamente, me tendieron bien en la piedra, y uno de ellos, con un agudo pedernal en forma de cuchillo, se adelantó hácia mí: me estremecí, el terror de la muerte hizo crujir mis huesos y rechinar mis dientes; volví el rostro, y cerré obstinadamente los ojos.

Sentí en mi frente el aliento del hombre que iba á matarme.....

8

Conclúyese el asunto del anterior capítulo.

GINÉS volvió á hacer una larga pausa, limpióse con el envés de la capa el trasudor de la congoja que no tenia; suspiró, lamióse los labios, como para dar á entender que tenia secas las fauces con solo el recuerdo de su aventura; acomodó con las manos y lo mejor que pudo su pierna larga, y continuó.

—En aquel supremo trance, que como el postrimero de mi vida, juzgaba, encomendéme de todo corazon á Nuestra Señora y á su divino Hijo, y ofrecíles mi alma, en caso de que á salir llegase de esta vida mortal. Pero ¡oh prodigio! cuando esperaba sentir el bárbaro golpe, hé aquí que una voz fuerte y enérgica grita al que me iba á sacrificar:— «detente!»—alzo entonces los ojos y descubro, á la rojiza claridad de las antorchas, un hombre, que no sé si porque salvado me habia, ó porque lo fuera en efecto, me pareció tan noble, tan garboso y tan bello como el arcángel San Ga-

briel, cubierto de riquísimas plumas de todos colores, y de oro y de piedras preciosas.....

—¡Ah! sí,—exclamó D^a Isabel con entusiasmo;—el trage de combate de nuestros príncipes.

—Hermosísimo y rico trage, sea dicho en honra de verdad; y aquel príncipe, porque príncipe era, con tanta gracia le llevaba, que ha haber sido yo mujer, quedo apasionado.....

—¿Y quién era ese hombre?—preguntó con interés la dama.

—Llamábanle los suyos, Tetzahuitl.

—¡Tezahuitl!—Sí, uno de nuestros mas nobles y valientes guerreros: en la casa de mi padre oí hablar siempre de él con entusiasmo; un día le ví, y en efecto, tal es como le pintais vos.

—Soberbio!—exclamó Ginés,—soberbio! el terreno parece bien dispuesto, y no puede estar mejor; ¡yaganéaquello!

Y maquinalmente movia los dedos de su mano derecha, como si sacara un puñado de pepitas de oro y las volviera á dejar caer, en el casco con que soñaba formando cascada.

—¿Y qué dijo Tezahuitl?—preguntó con interés Doña Isabel.

—Señora; preguntóme mi nombre y el objeto que me hacia caminar; díle mi nombre, y en cuanto al objeto, perdóneme vuesa merced; pero el terror, que á veces es un mal consejero, pero que á veces torna en sabio al hombre necio, me inspiró la bendita idea, recordando que traia yo recado para vuesa merced, de mi Sr. Martin Dorantes, de decir que á ver á vuesa merced venia; fiando en que esos hombres respetarian el nombre de vuesa merced.

—¡Bien! ¿y qué hizo Tezahuitl?

—Al principio me escuchó con marcado desden; mas apenas el nombre de vuesa merced hube mentado, y cuando aun la última sílaba no moria en mis labios, Tetzahuitl cambió repentinamente; su rostro se encendió, brillaron sus ojos, la sonrisa de la compasion se dibujó en sus labios, y sin dar lugar á que nadie me tocara, desatóme él mismo, y quitóme de la piedra del sacrificio, diciendo:—«Quien nombre tan alto en sus labios tiene, no morirá nunca á manos de los míos.»

—¿Tal dijo?

—Y tal hizo, y aun mas, señora; púsome inmediatamente en libertad, haciéndome custodiar por algunos de sus guerreros, y mandóme dar á vuesa merced un recado; y como á él debo la vida, le daré á vuesa merced el tal recado, aunque sepa que la misma vida pueda costarme; que la gratitud es para mí la primera de las virtudes.

—Os permito que me digais cuanto él os dijo.

—Señora,—continuó Ginés poniéndose de hinojos delante de D^a Isabel, y buscando entre los pliegues de su ropilla el brazalete de Tetzahuitl;—Señora.....

—¿Pero qué haceis de rodillas?—preguntó confusa Doña Isabel.

—Cumplir el mandato de mi salvador, de ese generoso príncipe, que me dijo:—Arrodíllate cristiano delante de ella, y dila en nuestro idioma:—Tetzahuitl, que piensa en tí durante las luces del día y durante las sombras de la noche, y de quien eres vida, sol y aliento, me ha dado la existencia y la libertad, solo porque tu nombre sonó en mis labios; Tetzahuitl, tu esclavo, te envía esta prenda como señal de tributo de tu dominio y de su servidumbre; si un día viera tus ojos fijarse en él, ese seria el día mas feliz de su vida.

Ginés había dicho toda esta relacion, no en castellano, sino en el idioma de los padres de D^a Isabel.

La jóven, entre asombrada y orgullosa, había escuchado aquello, y no sabía si reñir al que á tanto se atrevía, ó premiar al que le traía tan dulce embajada.

El alma de aquella mujer se hallaba combatida por diversos y encontrados sentimientos: el recuerdo de Dorantes y la ilusion de aquel romancesco caudillo de su nacion; las severas máximas de la religion que había adoptado, y las fantásticas y arrobadoras tradiciones de la casa de su padre, al través de las cuales veía á Tetzahuitl tan hermoso; su deber, y el orgullo de haber inspirado una pasion tan grande á un hombre tan noble y tan valiente.

En aquel corazon estalló repentinamente una tempestad, una lucha; pero que al nacer era gigante: su imaginacion salvó la distancia, y entre los bosques desconocidos para ella, encontró al hombre que enviaba un tributo de servidumbre á su amor, y le vió rodeado de sus guerreros y dispuesto á morir por su patria, pero pensando en ella.

Doña Isabel volvió despues á la realidad; delante de ella, y de rodillas, estaba Ginés ofreciéndola el brazalete de oro de Tetzahuitl. Entonces D^a Isabel pensó en Dorantes, y dijo rechazando á Ginés:

—¿Pero Tetzahuitl ignora que estoy casada?

—Sábelo, señora, y yo se lo dije; pero me contestó que él no creía ni en ese dios que oyó vuestro juramento, ni en esas ceremonias, que no son las de su religion.—«Esa mujer,—me dijo,—no es mas que la esclava de un cristiano; nuestros dioses no ven ese vínculo, y ella no puede haber olvidado á nuestros dioses.»

Aquellas palabras fueron como un rayo de luz para D^a

Isabel; tomó repentinamente un aspecto diverso, y arrebatando de manos de Ginés la alhaja que este insistía en presentarla, se la llevó al pecho, y levantándose de su asiento, dijo con voz imperiosa al Grillo.

—Dejadme esta prenda, y volved mañana á la misma hora; y sin esperar mas, se lanzó á su aposento, cerrando tras sí la puerta con violencia.

—Negocio arreglado;—dijo para sí el Grillo, levantándose con un semblante en que se pintaba su alegría;—negocio arreglado!

Y diciendo esto, echóse á andar precipitadamente, como si fuera midiendo el terreno con una pierna detrás de otra.

Doña Isabel se acercó ansiosa á la bujía que alumbraba su estancia, para ver el brazalete de Tetzahuitl, diciendo en voz baja:

—Quizá tiene razon; para nuestros dioses soy libre, libre!

Preciso es confesar que D^a Isabel no era lo que puede llamarse una cristiana.

Educada en la religion de los aztecas, los españoles le enseñaron la de Jesucristo, y ella aprendió de memoria las explicaciones que la daban, y aprendió tambien á practicar las ceremonias, y supo cómo debía asistir á la misa, y qué oraciones debía rezar, y cuanto mas quisieron enseñarla; pero estos conocimientos los adquirió como si se tratara solo de una ciencia, la fé no tuvo parte en ello, y la jóven entró, desde que comenzara su catequismo, en una vida de cristiana y de católica, sin ser en el fondo ni católica, ni cristiana: automáticamente hacia todo y aprendía todo, sin que hubiesen cuidado de encender en su corazon la llama del verdadero creyente..... la fé!

En una palabra, D^a Isabel no tenia de la religion de los españoles, mas que la práctica del culto externo, y las lecciones que la habian hecho aprender los religiosos y las mujeres que Cortés comisionó para enseñar á las nobles jóvenes mexicanas que habia recogido en su palacio.

El país en donde se han deslizado nuestros primeros años, nos parece siempre hermoso, siempre encantador; cuando le recordamos despues, al través de una época en la que nuestras lágrimas y nuestros dolores han nublado el cielo de la vida, entonces, todo aquello tiene tal poesía, que las personas, y los lugares, y todo lo que nos fué familiar, aparece en nuestra memoria con tan vivos colores, que quizá no hay uno que no exclame: ¡quién pudiera volver!

Por eso el amigo de la infancia siempre halla nuestros brazos abiertos, y nuestro corazon bueno para él; por eso el fratricidio es el crimen menos comun en el mundo.

Cuando D^a Isabel se encontró sola en su estancia; cuando los dulces recuerdos de su niñez llegaron en tropel, como evocados por la memoria de Tetzahuitl; cuando pensó en los suyos, vencidos y dispersos; cuando se contempló ella misma, entregada á un enemigo de su nacion; cuando reflexionó que todo se lo habian arrebatado, patria, familia, libertad, riquezas, hasta su misma religion, y que no era ya señora ni aun de su mismo cuerpo; entonces se verificó en su alma una revolucion, tan rápida como terrible: un relámpago de odio cruzó siniestramente hasta el fondo de aquel corazon adormecido por la soledad y el abandono, y el rostro de la joven tomó por un momento un aire sombrío, y su belleza apareció terrible, iluminada por la luz, que brotó como una amenaza, de sus negros ojos; pero des-

pues, su mirada se fijó en el brazalete de Tetzahuitl, y como los rayos de la aurora recogen el manto negro de la noche, el velo de tristeza que empañaba el hermoso rostro de la joven, desapareció, sus ojos adquirieron una dulzura infinita, su boca se entreabrió con una sonrisa, y un suspiro salió de su pecho.

Y sin hablar una palabra, alzó á los cielos su mirada, como buscando un testigo de sus acciones en el mundo de los espíritus, y llevando el brazalete á sus labios, imprimió en él un largo y apasionado beso.

Ginés se encaminó directamente, al salir del palacio, al mismo lugar en que habia encontrado por la primera vez á Tetzahuitl.

El indio, como de costumbre, estaba allí.

—Tus dioses te protejan, señor,—dijo el Grillo.

—¿Qué vienes á anunciarme?—preguntó Tetzahuitl, sin contestar al saludo.

El Grillo, fingiendo una sonrisa, contestó:

—Que mañana en la noche, el viento de la fortuna soplará en tu cabaña, y el aliento de la rosa embriagará tu alma; cuando el sol esté ya lejos de nosotros, la luz nacerá para tí.

—¿Es cierto lo que dices?—exclamó trémulo de placer Tetzahuitl.

—Tan cierto, como que ántes que asome la aurora, tendré en mi casa el casco lleno de polvo de oro.

—Y cuida de buscar el mayor que haya entre los guerreros mis enemigos, que será placer para mí, pagar con oro lo que apenas sería un dios tan rico, que alcanzara á comprarlo.

—Bien, señor; por esta noche puedes retirarte, porque no la verás.

—No importa; velare como siempre, adivinándola. ¿Piensa en mí?

—Estoy seguro que, si vela, piensa en tí; si duerme, tú estás en sus sueños.

—Yo te haré rico.

—Me voy; si por casualidad llegare á salir, no le hables, aunque ella te mire; perderíamos todo: no olvides, señor, que me has prometido obedecerme durante tres dias.

—Y cumpliré.

Ginés se alejó, y Tetzahuitl quedó entre las sombras contemplando el palacio.

De repente le pareció oír ruido, y á poco una ventana se abrió y apareció en ella D^a Isabel.

—Aquella mujer sentia algo desconocido, y necesitaba el aire de la noche para refrescar el ardor de su sangre; aquella alma, presa de una emocion terrible, necesitaba ver el cielo; aquel corazon necesitaba palpitar delante de la inmensidad.

—Tetzahuitl la miraba, y los ojos penetrantes del indio descubrieron entre las manos de su dama, el brazaletes de oro.

Entonces no pudo resistir, y cayó de rodillas.

A la noche siguiente, Tetzahuitl, trémulo y casi agonizante de placer, hablaba por la primera vez á la dama.

El Grillo habia cuidado de instruirle del supuesto milagro, para que D^a Isabel no llegase á saber que la habia engañado.

Tetzahuitl llenó de polvo de oro el casco mas grande que pudo encontrar el Grillo.

Los dos habian cumplido su palabra.

Así comenzaron esos ardientes amores, de que ya el lector tuvo noticia en uno de los primeros capítulos de este libro.

De cómo Gonzalo de Salazar y Peralminde Chirino abandonaron á Cortés y regresaron á México.

LA expedicion que caminaba para las Hibueras habia llegado ya á un país en el que la naturaleza desplegaba un lujo y una fecundidad asombrosa.

Era un extenso territorio sembrado de montañas y cruzado por profundísimos barrancos.

Inmensos bosques, donde jamas habia dejado su huella la planta de un hombre, se extendian por todas partes; encinos seculares, robles y cedros elevadísimos, tendidas higueras, ceivas frondosas; todos los árboles de todos los climas se agrupaban allí, formando murallas inexpugnables; los bejucos, semejantes á fabulosas serpientes, se entretejían por todas partes; la grama crecia como los arbustos de nuestros prados, el musgo brotaba como un tapiz sobre las rocas y sobre los troncos, las plantas parásitas mecían sus encantadoras flores entre las lianas, y en medio de aquella tupida multitud de hojas y de troncos, el viento penetraba algunas veces; el sol, jamas.